

Racillón Yeleina Rodríguez Romero

Justo cinco días antes de mi cumpleaños falleció lo más importante de mi vida. No sabía cómo reaccionar al verle estirado, tapado con una sábana blanca, no quería pensar ni imaginar que era él, el que estaba ahí. El que había muerto era Racillón, mi caballo.

-Papi ayúdame a hacerme una pelota de gofio, que hace tiempo que no me como una y me apetece muchísimo.

-Vale, pero ve a casa de abuela y trae más gofio que aquí no hay el suficiente para hacer una pelota grande.

Yo asentí y corrí a casa de mi abuela. Cuando cogí el gofio y salí de casa de mi abuela, oí un ruido que provenía de la cuadra de Racillón. Yo corrí muy rápido a contarle a mi padre lo que había escuchado, pero éste no me creía, hasta que él escuchó el mismo ruido que oí yo, entonces mi padre cogió su móvil y puso la linterna y caminó hacia donde estaba ese ruido.

-¡Yeleeee! ¡correeee, trae un cuchillo, pero correeee!

Yo asustada no sabía qué hacer, hice caso y cogí un cuchillo y corrí hasta llegar a los pies de mi padre. Cuando llegué hasta él, el corazón se me cayó al piso. Mi caballo estaba estirado en el suelo con sus cuatro patas trabadas en la pared de la cuadra. Cortamos las redes que tenían atrapado al animal y lo sacamos de la cuadra y comenzamos a darle picadero para que se recuperara del cólico que le estaba dando, pero no podíamos hacer nada. Llamamos al veterinario y llegó enseguida a mi casa. Él, al ver que no podía hacer nada, se dirigió a mi padre y le dijo:

-Diego, lo siento mucho pero su caballo no tiene remedio.

Mi padre cogió al veterinario del brazo y le dijo que lo sacrificara, que no podía ver a su caballo sufrir. Yo me eché en el suelo a llorar, al ver como el veterinario mataba a mi caballo. Cuando éste cayó al piso, corrí hasta él y le puse su cabeza sobre mis pies y le decía repetidamente que él era fuerte que podía con eso y con más, que se levantara, que no me podía dejar sola, que me hacía muchísima falta en mi vida, pero aquel era su fin, su último suspiro lo dio en mis pies. Me quedé a su lado hasta que lo enterraron.

Hoy en día brilla una estrella más en el cielo, y la verdad es que lo extraño muchísimo y lo sigo amando de la misma manera e incluso mucho más que desde aquel día que por suerte aparecí en su vida. No lo puedo ver ni tocar ni abrazar, pero sé que se siente orgulloso de mí y como yo de él.

¡Hasta siempre fiel amigo!